



Søren Kierkegaard

Ejercitación del cristianismo

editorial

Los 160 años que nos separan del momento en que se publicaron estas páginas son un argumento más que contundente para leerlas con precaución. Sobre todo porque nuestra mente tiende a ser perezosa y podríamos caer en la tentación de pensar que hay un abismo insalvable entre el autor y nosotros. Y así, dejándonos engañar por la apariencia anacrónica de unas formas y unos temas muy distintos a los nuestros, llegar a sentirnos muy lejanos de Søren Kierkegaard cuando, en el fondo, la condición de lectores nos iguala de un modo extraordinariamente más fuerte de lo que nos separan las circunstancias históricas. Del mismo modo en que él afirma que “la situación de contemporaneidad con Cristo es la condición de la fe”, es posible afirmar que la situación de contemporaneidad con Kierkegaard —o con Jenofonte, o con Maimónides, o con Sócrates el irónico— es la base de nuestra afirmación de que existe algo a lo que podemos llamar cultura occidental. En este sentido, es muy deseable que la lectura de esta traducción de *Indøvelse i Christendom*, refuerce en el lector la impresión de que forma parte de una continuidad, para que pueda decir con Kierkegaard que “lo pasado no es realidad para mí, solamente lo contemporáneo es verdad para mí”.

Sin embargo, no nos es posible —después de leer a Foucault o a Certeau— negar la fragilidad del puente que la cultura tiende sobre el abismo temporal que nos separa de éste y de otros autores. En el caso de Kierkegaard uno de los aspectos en los que nuestra comunidad es más débil es en la importancia atribuida al cristianismo en la configuración de la sociedad en que vivimos. En 1850, cuando publicó esta obra bajo el seudónimo de Anti-Climacus, la Europa de Kierkegaard todavía podía ser denominada como “cristiandad establecida”, estadio evolutivo en que había degenerado la “iglesia triunfante”, antes “iglesia militante”. Hoy, salvo en algunas regiones remotas, nuestra Europa es sentida como post-cristiana por muchos de sus ciudadanos, y por no pocos de los intelectuales que la piensan, y si Kierkegaard hubiera podido darle un nombre, quizás no le habría parecido mal el de “cristiandad en ruinas”.

Acercarse a *Ejercitación del cristianismo* ofrece una oportunidad especial al lector: la de abrir una pauta de lectura para conocer toda la obra kierkegaardiana. Una pauta basada en el hecho de que este es su último libro y, según el prólogo del traductor, el mejor valorado por el autor de entre la lista de sus obras. Desde estas premisas el resto de los títulos de Kierkegaard puede ser leído a través del tamiz de su remate. En éste, por encima de cualquier otro aspecto, se ofrece al mundo la exigencia. Si hay quienes, en nuestros días descreídos, son capaces de afirmar que la excelencia

SØREN KIERKEGAARD,
Ejercitación del cristianismo, traducción de Demetrio Gutiérrez Rivero, nota preliminar de Parceró Oubiña, Trotta, Madrid, 2009, 256 pp. ISBN 9788498790559 (*Indøvelse i Christendom af Anti-Climacus*, 1850)

es exigente, Kierkegaard, yendo algo más lejos de nuestro amor por la excelencia, dirá que “la exigencia ha de ser decididamente enunciada, descrita y oída”. “Ha de oírse la exigencia”, es el grito del profeta, que se alza con fuerza en la primera página del libro, para desde allí intentar remover un mundo acolchado y romo, en el que hasta el sufrimiento ha sido anestesiado. Se han pulido las aristas incluso del sufrimiento que surge de una exigencia imposible; de la exigencia imposible que significa el acontecimiento Cristo —cuando éste se toma en serio—. Ese sufrimiento es identificado por Kierkegaard como “conciencia de pecado”. Única puerta para entrar por el camino estrecho del galileo. Sin conciencia de pecado, dirá el danés, no se puede ser cristiano.

Consciente, a buen seguro, de la capacidad de asimilación de este mundo ante el que grita el profeta, el autor despliega en este entrenamiento que nos ofrece un hermoso ejercicio de permanente exceso; una afluencia permanente de contradicción que no en vano habría de constituir a Kierkegaard —¿con su consentimiento?— en el padre de la teología dialéctica. Escándalo y exigencia de contradicción como única respuesta válida ante el encuentro de nuestra finitud con el absoluto; abandonando las síntesis conformistas y forzando la opción entre lo uno o lo otro —saber o fe, mundo o escándalo, contemporaneidad o historia—. Y también es hermosa y arriesgada la reiteración apabullante de argumentos y el ritmo enfático —que trae ecos de la música de Bach o de Händel, como bien señala Gutiérrez Rivero— que terminan por llevar a una sensación de intensa concentración, en la que el lector solo puede ya fiarse de su guía o abandonar la ruta.

Un guía que, finalmente, quiere lanzar al aire, como una sugerencia de reflexión para aquellos que hemos abjurado del silencio —e incluso, de algún modo, para aquellos que piensan que el dolor no nos enseña nada— el convencimiento de que “todo padecimiento que no hace enmudecer al que sufre, significa muy poco, tan poco como el amor que no hace silencioso”.

Juan Diego González Sanz

